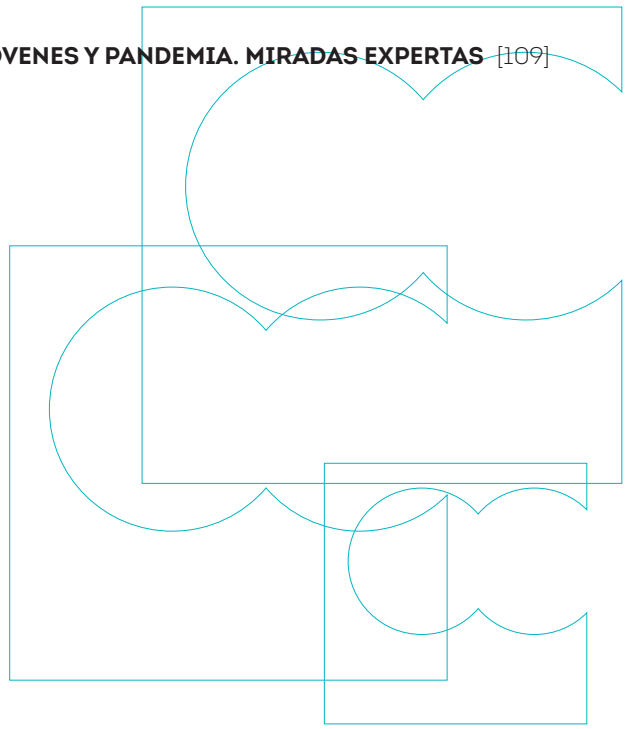


SEXOS, CORTEJO Y AMORES EN TIEMPOS DE PANDEMIA

ANA RAMÍREZ DE OCÁRIZ SOROLLA

EMAIZE Sexologia Zentroa-Centro Sexológico





Que la actual situación pandémica está teniendo repercusiones en nuestras vidas es un hecho. Cuáles y cómo nos afectarán en el futuro próximo y en el lejano, es algo sobre lo que solamente podemos suponer. De todas maneras, en este artículo vamos a hacer el ejercicio de sacar a la luz cómo está afectando a chicas y chicos, a sus eróticas y sus sexualidades. Lo haremos a través de la lectura de sus relatos, de lo que cuentan y de lo que callan.

En nuestra labor sexológica tenemos la ventaja de poder acercarnos a las **vidas íntimas** de las personas jóvenes en el ámbito terapéutico y de asesoramiento, y no sólo a las expresiones colectivas que captamos en el aula cuando intervenimos con programas de educación sexual. Lo decimos porque lo que sucede en ambos escenarios nos da una imagen más cercana a la realidad.

Aunque sea una obviedad, el primer hecho que queremos destacar es que la **heterogeneidad** en las maneras de

ser, vivirse y expresarse como chicos y chicas también se da en la manera en la que la pandemia y las medidas para abordarla están afectando a las vivencias sexuales y expresiones eróticas de las personas jóvenes. A esa diversidad, por tanto, añadiríamos que las repercusiones son poliédricas, con caras **negativas** y también **positivas**.

En lo que respecta al período de confinamiento, el propio dormitorio se convirtió en el refugio en el que explorarse e intimar con una y con uno mismo; en la soledad se pudo conectar con ese yo que la adolescencia se obstina por descubrir: **identidades sexuales** veladas hasta entonces, toman forma; **orientaciones del deseo** negadas, se expresan. Esa mirada hacia adentro ha permitido poner palabras a lo que se sentía. No es que ahora haya más jóvenes en situación de transexualidad o con deseos eróticos no normativos, sino que se ha tenido mayor oportunidad de desconectar del ruido externo y oír la música interior.

Otro lado menos alentador de esta misma situación de incertidumbre y de aislamiento social es el aumento de la ansiedad y con ello la dificultad de la gestión emocional y del control de conductas autoerótica, más evidente en los chicos. Como más adelante comentaremos, estas conductas se han alimentado de la pornografía - cuyo consumo se ha disparado - y de los contactos a través de redes sociales.

Tras el confinamiento han llegado las restricciones de encuentro y de movilidad, que han limitado las **relaciones sociales y físicas** en una etapa de la vida -la juventud- en las que son imprescindibles para el crecimiento individual: la necesidad de negociación (incluidas las broncas) con la familia sobre la hora de llegada a casa no ha existido. Ha sido el límite exógeno del estado de alarma, innegociable, el que ha impedido el inconformismo juvenil, tan importante para madurar.

Esas restricciones también han limitado las ganas de “prepararse para salir”: el mirarse al espejo, el “¿qué me queda mejor?”; el acicate para el **cuidado y mimo personal** se ha visto mermado por la falta de escenario donde mostrarse para el juego del cortejo. Otra cara de esta situación es que el **uso de mascarilla** ha incentivado la importancia de la mirada en el ligue y el peso del rostro oculto en la imaginación erótica. Y es que es un hecho que las fantasías y el imaginario erótico se nutren sobretodo de lo que no vemos.

Jóvenes con dificultades en aceptar su imagen corporal pueden vivir la mascarilla como una ventaja. Sin embargo, en algún momento (esperamos que más pronto que tarde)

tendrán que enfrentarse a la desnudez del rostro. ¿Habrán desarrollado en este período las capacidades suficientes para ello?

A este hecho se le opone el crecimiento del **exhibicionismo**, sobre todo femenino, en el fenómeno TikTok. ¿Son conscientes de la imagen que dan de sí misma? ¿Es la que quieren dar?

La dificultad del **cortejo** directo (miradas a través de la barra del bar, movimientos rítmicos de acercamiento...) en donde se necesita desplegar habilidades sociales de contacto, ha incidido positivamente en el indirecto. El juego de seducción, cuya secuencia se había ido acortando en tiempos pre-pandémicos con el uso de **redes sociales de ligue** como Tinder o Grindr, ha vivido un aumento exponencial, tanto cuantitativa como cualitativamente. Según datos de las propias redes, la gente ha sido más imaginativa a la hora de hacer tele-propuestas eróticas, por lo menos durante el confinamiento, en donde las posibilidades de contacto físico eran nulas. La cara oscura de este hecho es la proliferación del envío de las denominadas “fotopollas” a quien no las ha solicitado. Este envío de imágenes íntimas -bastante extendido en las redes sociales de ligue gay-, cuando no son consentidas, manifiesta una falta clarísima de habilidades sociales -por no hablar de violencia- hacia quien la recibe.

El **incremento de la erótica tecnológica** (o “cibersexo”) es un hecho que además puede ser cualitativamente positivo: el sexting conlleva aprendizaje sobre los propios deseos, creatividad en las fantasías y

en las propuestas eróticas, así como confianza en la pareja. Es probable que influya positivamente en la erótica femenina, haciéndola más autónoma, también con el aumento de la juguetería erótica. De todas maneras, no podemos obviar que esta erótica no cubre la necesidad humana de vincularnos. ¿Qué pasará en el futuro inmediato? ¿Descenderán las prácticas eróticas compartidas? Esto es lo que apuntan los estudios recientes. Y si es así, ¿cómo nos vincularemos?

Así, esa necesidad del **contacto piel con piel**, ¿cómo la cubren las personas jóvenes? Al clausurarse las zonas de ocio nocturno, los espacios de socialización de las personas más jóvenes se han restringido a los institutos. Los encuentros eróticos que pudieran darse en este espacio van a ser rápidos y furtivos. Y por lo tanto de baja calidad, sin la intimidad necesaria para el deleite, el aprendizaje propio y el compartido, la negociación de qué queremos hacer y cómo. Esto, junto a la conciencia de invulnerabilidad asociada a la adolescencia, lleva irremediablemente a un aumento de las **prácticas eróticas de riesgo**. Pero también a conductas de riesgo frente al COVID: no nos besamos con mascarilla ni nos acariciamos con gel hidroalcohólico.

Aquellas personas jóvenes que cuentan con **espacios de intimidad**, o incluso parejas convivientes, sin embargo,

relatan que sus encuentros eróticos han descendido. Estamos viendo que la ansiedad y la incertidumbre está afectando al deseo, a la excitabilidad y al aumento de las dificultades eróticas y de pareja. En parejas jóvenes convivientes se están produciendo no sólo oportunidades para la sinergia; también se están dando mayores dificultades en la gestión de conflictos, e incluso situaciones de maltrato. En el caso de parejas heterosexuales, las mujeres siguen perdiendo.

Otro hecho indiscutible es el **aumento del consumo de pornografía** a todas las edades, incluso por parte de quien todavía no tiene criterios para discernir realidad y ficción. Este incremento cuantitativo, junto a la "cualidad" de sus mensajes (erótica centrada en el pene, en lo coital, sin emociones ni sentimientos...) y unido a la **falta de una educación sexual planificada** y de calidad -llevada a cabo por profesionales de la sexología y centrada en los sujetos sexuados y no en las conductas-, hace que nos encontremos ante un verdadero desafío.

Para finalizar, quiero mencionar las dificultades de accesibilidad a **recursos de salud sexual y reproductiva** previos a la pandemia y que ésta ha dejado en evidencia. ¿Para cuándo servicios integrales que se adapten a las necesidades juveniles? Esperamos que la nueva Ley vasca de Juventud las recoja y procure.